

Almería Nueva

PERIODICO INDEPENDIENTE

Año I.

Núm. 7

Almería 31 de Julio de 1.927

Oficinas: Jorge Juan, 9

La vuelta de los emigrantes

Trabajadores gallegos, castellanos y andaluces; emigrantes forzados ¡volved a España! En España, ya no hay caciques. Para emigrar vendisteis las herramientas de trabajo; los pobres enseres del hogar; la olla y la mesa de pino blanca; hasta la cama donde nacieron vuestros hijos, la cama comprada con sudor de la frente, en días de ilusión y de esperanza... Os acosaba la fiera; aquella repugnante que se alzaba en dos pies como el hombre y que era dueña de la tierra y del cielo, de la montaña y del río, de la escuela y de la despensa... Teníais que trabajar de sol a sol para cobrar un salario mezquino. Comíais pan negro de centeno regado con lágrimas. Vuestros hijos se embrutecían y perdían la salud para ayudaros en el rudo vivir; vuestra mujer, la compañera de vuestro amor, tan bonita y tan gentil a los veinte años, se deformaba apenas entraba en el nido, en fuerza de trabajar y de no comer: su vientre se iba hinchando, mientras se le hundía el pecho... Vosotros la veíais apagarse como una luz, y el desaliento se apoderaba de vuestra alma...

Un día, puestos en el trance de matar o de huir de España, lo vendíais todo para emigrar. Os daba pena dejar la tierra donde el amor clavó sus más hondas y sus más fuertes raíces. Pero al cabo, cobardes o vencidos, dejábais el rincón amado, para buscar en otros pueblos lejanos, el pan nuestro de cada día. El mundo se ha engrandecido con vuestro trabajo; España se ha empobrecido, porque le faltó vuestros brazos...

Ya no hay caciques. Parece mentira, ¡y es verdad! Los caciques estaban agarrados a la tierra de España, como esos árboles de raíces de hierro que perforan la lastra viva y se convierten en piedra también. Nadie los podía arrancar. Eran infinitos. Cuando moría uno y el pueblo iba a respirar un poco, se disputaban su poder, cinco, diez, veinte, aspirantes. Parecía que todos llevábamos en el alma un cacique dormido...

Ahora tiemblan, ¡sabes, pobre emigrante que afloras en las pampas del Nuevo Mundo tu rincón de Galicia o de Castilla, tu campo andaluz tan claro y tan triste! ¡Ahora tiemblan! ¡Quién lo dijera! Pues tiemblan. Aquellos audaces y bárbaros caciques, que dis ponían de tu vida y de la vida de tus hijos, que mandaban en el juez y en el gobernador, que tenían tanto poder como el rey, ahora... ¡tiemblan! Qué asco... ¿verdad?

Si los vieras, pobre emigrante español, que lloras en la lejanía la patria perdida, esconderse medrosos al paso de los civiles, ellos, que ordenaban a los civiles tu encarcelamiento cuando pedías justicia... Ven un tri-

cornio y quisieran que la tierra se los tragara

No tenías esperanzas de que se cumpliera tu deseo. ¡Pues se ha cumplido! Hoy, por las carreteras españolas, por los caminos vecinales que construyeron, como sabes, quedándose con la mitad de su importe, van los bandidos entre la Guardia civil. Y las cárceles, estas sucias y repugnantes cárceles españolas que ellos dedicaban a los hombres de bien, están llenas de caciques. De haberlo sabido, las hubieran limpiado de mugre, de ratas y de chinches. Como no tenían amor al prójimo ahora sufren los efectos de su propia maldad...

Vuelve a España. Se van acabando los caciques de los pueblos y los caciques de las grandes Empresas. En Almadén, donde unos hombres sin corazón condenaban a muerte a los mineros, hay gran júbilo. Los *modernos* se han erguido frente al tirano y le han preguntado: «¿Qué hicistes de nuestra juventud y de nuestra vida?»—El tirano ha clavado la mirada en el suelo y no ha sabido contestar. En Cartagena, el cacique máximo tiembla. Sus secuaces esperan de un momento a otro que se les haga justicia. España se ha enterado ahora, que los mineros de Andalucía cobran sueldos míseros. Que en Linares, Almería, Cartagena, etc., trabajan los niños de diez años, falseando las partidas de bautismo para burlar la ley. Se estremecer los españoles pensando que los mineros hacen una sola comida, que duermen sobre un mismo camastro, por turno, varios mineros; que trabajan en galerías peligrosas; que los muertos por accidentes resultan, para los efectos de las estadísticas, muertos de enfermedad; que las Empresas tienen más cuidado por una bestia que por un hombre, porque la bestia, si se inutiliza, les cuesta mil pesetas, y el hombre, si se mata, no les cuesta nada.

Vuelve a tu tierra, emigrante español, que va librándose de caciques. Vuelve, además, como medida de previsión. Los caciques, llenos de terror, son ahora los Emigrantes de España. Para librarte de su repugnante presencia, ven a esta tierra que espera con ansia el esfuerzo de tus brazos, porque quiere dejar de ser estéril.

Rodolfo Vías

ADVERTENCIA

Rogamos a cuantos recibiendo este periódico no esten conformes con la suscripción, se sirvan devolverlo a la administración del mismo, pues en caso contrario habrá de considerárseles como suscriptores.

La copa de manzanilla

Límpida copa o reluciente caña, fino diamante que se torna en oro, tu seno encierra el fúlgido tesoro del bello sol que a Andalucía baña.

Riendo inspiras del amor la hazafia, los ensueños a ti fluyen a coro, y en la ilusión de tu cristal sonoro vibra encendido el corazón de España.

Ven a mis labios, copa que mareas; alas ponte al corcel de mis ideas con la luz de tu loca manzanilla.

Y en la misa de un verso peregrino, te alzaré como un cáliz ambarino, bajo el cielo inmortal de mi Sevilla.

Miguel Benítez de Castro.

En perpétua primavera

¿Será, tal vez, exaltación del patriotismo? ¿Será exceso de amor a nuestra tierra? No lo sé; pero firmemente creo que ningún otro pueblo puede ostentar el nombre de «Ciudad del Sol.» con tanta justicia como el nuestro. Parece que el Sol es un enamorado de Almería. La acaricia, la mimó, la besa, con la ternura y la constancia de un galán apasionado. Pocas veces permite que las nubes estorben su vista cotidiana. Cuando logran, al fin, apañarse en nuestro horizonte, muy pronto las funde con sus dardos de fuego, avisa a los vientos para que dispersen los últimos celajes y él baja de nuevo a recrearse en el azul espejo de nuestro mar...

Nosotros ¡ingratos! recibimos desdefosamente sus halagos.

En fuerza de contemplarle a diario, le vemos ya con igual indiferencia que a una mujer bonita cuyos encantos nos sabemos de memoria. ¡Ni siquiera impresiona nuestro espíritu el soberbio espectáculo de la puesta del Sol, cuando se oculta tras las montañas de San Telmo!

¡Poesía! ¡Belleza! ¡Emociones estéticas! ¿Quién piensa en ellas cuando el ánimo desmayado no responde ni aún al estímulo de la utilidad positiva? Tenemos en el Sol nuestra mayor riqueza y no la aprovechamos. Descendamos a buscarla en las profundidades de la tierra y no advertimos que sobre ella se nos brinda, pródiga y tentadora, en la atmósfera tibbia que nos envuelve, en el ambiente suave que respiramos, en la luz riente que nos baña, en la eterna, en la hermosa, en la incomparable primavera almeriense.

Es el Sol, el padre Sol, que fertiliza nuestras campiñas y dora nuestros frutos y centellea en los ojos de nuestras mujeres. Nos llama, nos atrae, nos agasaja; pero nosotros permanecemos ante él indiferentes. Podríamos convertir sus rayos dorados, en oro verdadero, constante y legítimo. Nos

bastaría para ello ¡sencillo milagro por cierto! desechar nuestra clásica incuria trocar la población, abandonada y astrosa, en urbe moderna, es pléndida y pulcra...

El Sol flamea sobre nuestro horizonte. Ni el más leve celaje empaña el limpio azul del cielo. El mar, además rima quédamente su estrofa eterna. El ambiente es tibio, dulce, suave...

14 grados sobre cero, marca el termómetro: 1.º de Enero, dice el calendario. Esa cifra y esa fecha, que parecen antagónicas, se hallan unidas, sin embargo, por un nombre: Almería...

Almería, sí: el país de la luz diáfana, del clima apacible, de la perenne primavera. Le prodigó la naturaleza todos sus encantos. Le afligió con todas sus miserias la torpeza de los hombres...

¡Que contraste! Los días espléndidos: las calles polvorientas. La ciudad, bañada por el Sol, padre de la vida: las estadísticas, señalando la cifra aterradora de la mortalidad. La atmósfera, cargada siempre de efluvios primaverales: el suelo infectado de gérmenes morbosos. El clima apacible, brindando con los dones inestimables de la salud: el abandono y el olvido de los preceptos higiénicos, fomentando el desarrollo de dolencias infecciosas. Debíamos ver en el mar nuestro mejor amigo y en el sol y en los árboles nuestra mayor riqueza. Pero nosotros volvemos las espaldas al mar, buscamos el oro de las entrañas de la tierra, sin advertir que vibra a nuestro alrededor en rayos luminosos, y nos encojemos de hombros ante los árboles, en vez de convertir cada rincón en un arriate y cada plaza en un jardín.

¡Almería! ¡Ciudad risueña de nuestros amores! En otras manos serías un emporio de riqueza y de vida. ¿Qué te falta para hacerlo? Voluntad. Sacude tu moruna pereza, y une bajo tu cetro a la eterna suavidad de tu ambiente, la perpétua primavera de tu alma.

Piácido LANGLE

José Gallud Iglesias

Representante Matriculado

Cerveza «Mahou». Manzanilla «La Guita». Sidra Champagne y Conservas de Pescados.

Mendez Nuñez, 18. Almería.

«LA FAVORITA»

— Federico Martín Palomar —
Extenso surtido en Paquetería, Quincalla, Mercería, Perfumería, Objetos para regalos, Bordados, Real, 1. — Almería